

UNA NOCHE DE
CLEOPATRA

GAUTIER



LECTURAS DE UNA HORA

Una noche de Cleopatra es una novela gótica del escritor francés Théophile Gautier, publicada serialmente entre noviembre y diciembre de 1838 en el periódico parisino *La Presse*.

La novela aborda los misterios de Egipto de un modo que hasta entonces era inimaginable. Esencia de Egipto, que a menudo se traduce en arquitecturas colosales, empresas gigantescas, faraónicas, mitos espeluznantes sobre dioses subterráneos y entidades de origen dudoso.

CAPITULO I

Hace, en el momento de escribir estas líneas, unos diez y nueve siglos que una magníficamente dorada y pintada embarcación descendía por el Nilo con toda la rapidez que podían darla cincuenta largos y lisos remos al hundirse, como patas de gigantesco escarabajo, en la fruncida superficie del río.

Era aquella embarcación angosta, de forma alargada y terminada en punta, a modo de media luna, por entrambas extremidades; esbeltísima de proporciones y maravillosamente hecha para la navegación; un ariete señoreado por una bola de oro defendía la proa y demostraba que la embarcación aquélla pertenecía a un individuo de estirpe real.

En medio de la nave erguía un camarote de plana techumbre, una especie de *naos* o pabellón de honor, pintarrajeado y dorado, con una moldura en forma de alma y cuatro cuadradas ventanitas.

Dos departamentos más, igualmente cubiertos de jeroglíficos, ocupaban las extremidades de la embarcación; uno de ellos, más amplio que el otro, tenía, adosado a él, un camarín de menos altura, como los castillos de proa de esas singulares galeras del siglo XVI dibujadas por Della Bella; al más pequeño, que servía de alojamiento al piloto, coronáballo un frontón triangular.

El timón —dos inmensas aletas que se ajustaban a unos abigarrados soportes— extendíase en el agua, tras del barco, como los palmeados pies de un cisne; en la empuñadura de aquellas grandes palmetas, que el piloto, de pie so-

bre la techumbre del camarote, hacía maniobrar, veíanse unas cabezas con sendas coronas al estilo egipcio y el alegórico cuerno en el mentón.

Era el piloto un hombre atezado, de bronceas rojeces, con azulinos y espejeantes reflejos, sesgados los ojos, negrísima y trenzada, en guisa de cordones, la pelambreira; la boca rozagante, pronunciados los pómulos, las orejas separadas del cráneo: un tipo, en fin, del más puro talante egipcio. Un angosto tonelete ceñido a los muslos y cinco o seis collares de abalorios y amuletos componían todo su atavío.

Era, al parecer, el único habitante de la embarcación, pues los remeros, inclinados sobre los remos y ocultos por la borda, adivinábaseles tan sólo por el rítmico movimiento de aquéllos, que se abrían a entrambos costados de la nave como varillas de abanico, para hundirse, tras breve pausa, en la líquida corriente.

Ni el más leve temblor agitaba la atmósfera, y la gran vela triangular, sujeta y fuertemente amarrada al abatido mástil, descubría el abandono de toda esperanza en el resurgir del viento.

El meridiano sol lanzaba sus plúmbeas flechas, y del cenizoso légamo ribereño desprendíanse flamígeras reverberaciones; una luz cruda, deslumbradora y, en fuerza de intensidad, polvorienta, fluía en llameantes torrentes; blanqueaba, como metal en el horno, el azul del cielo, y una ardorosa y enrojecida bruma humeaba en el incendiado horizonte. Ni tan siquiera una nube hendía aquel cielo, como la eternidad, invariable y melancólico.

La corriente del Nilo, mate y desvaída, parecía adormecerse en su curso y desplegarse en sábanas de fundido estaño. Ni el más leve soplo fruncía su superficie ni inclinaba en sus tallos los cálices de loto, de una tal rigidez que se los creyera esculpidos; apenas si, de trecho en trecho, alteraba la superficie el salto de un pez que hacía espejear sus argentadas escamas, y los remos de la embarcación dijéranse que hendían trabajosamente la membrana fuliginosa

de aquella congelada superficie. Las orillas aparecían desiertas; una tristeza enorme y solemne descendía sobre aquella tierra, que siempre fué una inmensa tumba, y en la que los vivos parecen no tener más ocupación que la de embalsamar a los muertos. Tristeza árida, sequerona como la piedra pómez, horra de visiones taciturnas y fantásticas, sin una perlada nube en la lejanía y sin una oculta fuente donde bañar los empolvados pies; tristeza de esfinge que se aburre ante la perpetua visión del desierto y que no puede desprenderse del granítico pedestal en el que afila sus garras veinte siglos hace.

El silencio era tan hondo, que se creyera enmudecido al mundo o al aire sin la facultad de transmitir los sonidos. Sólo se oían el cuchicheo y las ahogadas risas de los cocodrilos, muertos de calor, que se revolcaban en los juncos ribereños, o bien a algún ibis que, cansado de mantenerse en pie, una pata plegada bajo el vientre y encogido el cuello, abandonando su inmóvil postura, sacudía bruscamente el aire azul con sus alas níveas e iba a posarse en un obelisco o en una palmera. Como una flecha deslizábase la nave por el río, dejando tras sí una plateada y fugitiva estela, sin que, perdida ya de vista, quedara otra cosa de su paso que un espumoso burbujeo sobre la superficie.

Los ribazos del río, color de ocre y salmón, rápidamente se desplegaban como rollos de papiro entre la doble azulosidad del cielo y del agua, de un tan parecido matiz, que tuviérase por terrizo puente sobre un lago la angosta lengua de tierra que los separaba, y que hubiera sido difícil decidir si en el Nilo se reflejaba el cielo o si en el cielo se reflejaba el Nilo.

El espectáculo cambiaba a cada momento: ahora eran gigantescos propileos que reflejaban en el río sus muros en declive, con amplios paramentos de extrañísimos dibujos; fachadas de ensanchados capiteles; escalinatas, a cuyos lados se veían grandes y acurrucadas esfinges con sus gorros de acanalados colgantes y las patas de negro basalto cruza-

das bajo los puntiagudos pechos; palacios enormísimos destacando en el horizonte las severas y horizontales líneas de su entablamento, en el que el emblemático globo abría sus alas como un águila de enorme envergadura; templos de columnas monumentales, gruesas como torreones, en los que, sobre un fondo de resplandeciente blancura, se destacaban teorías de dibujos jeroglíficos; todos los prodigios, en fin, de aquella arquitectura de titanes; luego, paisajes de una desoladora aridez; montículos formados por el amontonamiento de pedacitos de piedra procedentes de las excavaciones y construcciones, migajas de aquel gigantesco hartazgo de granito que duró más de treinta siglos; montañas resquebrajadas por el calor, hendidas y con franjas negras, semejantes a las cauterizaciones del fuego; ondulantes y diformes colinas acurrucadas como el criocéfalo de las tumbas, recortando en el confín celeste su contrahecha catadura; margas verdosas, ocres rojizos, tobas de un blanco cenizoso y, de vez en vez, algún que otro marmóreo declive de un rosa sequerón, en el que abrían sus bostezos las sombrías bocas de las canteras.

Era aquélla una no interrumpida aridez, sin el abrevadero tan siquiera de un oasis para los ojos; el verde creyérase desconocido en aquel rincón de la naturaleza; sólo de trecho en trecho una escueta palmera se abría como cangrejo vegetal en el horizonte; un nopal espinoso blandía, a guisa de bronceína espada, sus aceradas hojas; un alazar, aprovechando una poca de humedad a la sombra de un trozo de columna, agujereaba de rojo la uniformidad del conjunto.

Después de esta rápida ojeada por el paisaje, volvamos a la embarcación de los cincuenta remeros, y, sin previo anuncio y decididamente, penetremos en ella.

El interior aparecía pintado de blanco, con verdes arabescos, bermejas fimbrias y flores de oro de una forma fantástica; una esterilla de junco de una exquisita delicadeza cubría el suelo; en el fondo, alzábase una cainita con pies de grifo y cabecera guarnecida al modo de un canapé o so-

fá moderno, con más una banquetta de cuatro peldaños para llegar a ella, y, singularísimo refinamiento para nosotros, hombres dados a las comodidades, una especie de semicírculo de cedro, montado sobre un soporte, a fin de abarcar el contorno de la nuca y sostener la cabeza de la persona acostada.

Sobre aquel extraño cabezal descansaba una cabeza de enorme seducción, que dio al traste, de una mirada, con medio mundo; una divina y adorada cabeza, la más completa mujer que jamás haya existido, la más mujer y más reina, un tipo admirable, al que los poetas nada han podido añadir, y con el que los soñadores tropiezan siempre en el límite de sus ensueños: no hace falta decir que era Cleopatra.

Junto a ella, su esclava favorita, Charmión, agitaba un amplio abanico de plumas de ibis; una doncella dábale a la tarea de regar con agua de bálsamos la sutil celosía de entretejida caña, adorno de las ventanitas de la nao, para que sólo pudiese llegar hasta allí el aire impregnado de frescura y perfumes.

Junto al lecho, en franjeado y alabastrino jarrón, de grácil cuello y catadura esbelta y sutilísima, con algo de airón en su dibujo, veíase un ramo de flores de loto, de un azul celeste las unas, las otras de un rosa delicado como las yemas de los dedos de la gran diosa Isis.

Aquel día, fuera por prudencia o por capricho, no vestía Cleopatra a la usanza griega; acababa de asistir a un panegírico religioso, y volvía de nuevo en la nao a su palacio estival tocada a la manera egipcia, tal y como a la fiesta fué.

Acaso nuestras lectoras sientan la curiosidad de saber cómo iba vestida la reina Cleopatra a su vuelta de la Mamisi de Hermonthis, donde se adora la trinidad del dios Mandu, de la diosa Ritho y de su hijo Harfré, y es ésta una satisfacción que podemos proporcionarles.

Tocábase Cleopatra con una especie de sutilísimo casco de oro, que fingía el cuerpo y las alas del gavián sagrado;

las alas, abatidas a modo de abanico a un lado y otro de la cabeza, cubrían las sienes, llegaban casi hasta el cuello y, por una leve ranura, hacían aparecer una oreja más sonrosada y más delicadamente hecha que la concha de donde surgió Venus, conocida con el nombre de Hator entre los egipcios; la cola del ave ocupaba el lugar que hoy ocupan los rodetes femeninos; el cuerpo, cubierto de plumas sobrepuestas y pintadas de multicolores esmaltes, ceñían la cúspide del cráneo, y el cuello, en graciosa manera replegado sobre la frente, formaba con la cabeza un como resplandeciente cuerno de pedrería; una simbólica cimera en forma de torre completaba este elegante aunque extrañísimo tocado. Escapábanse de aquel casco unos cabellos endrinosos como noche sin estrellas, unos cabellos que caían largamente trenzados sobre los cobrizos hombros, en los que una gorguera o gola adornada con varias vueltas de serpentina, de acedaraque y de crisoberilo sólo dejaba ver —¡ay!— el arranque de aquéllos; una túnica de lino de venas diagonales —una fumarada de tela de transparente urdimbre, *ventus textilis*, como dice Petronio—, ondulaba en blanquecina vagorosidad alrededor de un cuerpo hermoso, cuyos contornos suavemente esfumaba. Aquella túnica tenía unas mangas cortas ceñidas por el hombro, y que, al llegar al codo, abríanse ampliamente dejando ver un brazo admirable y una mano perfecta, el brazo ceñido por seis aretes de oro, y la mano adornada con una sortija en forma de escarabajo. Un cingulo, cuyas anudadas puntas caían por delante, indicaba la cintura de aquella flotante y suelta túnica; un franjeado mantelete completaba, en fin, este atavío, y si las palabras bárbaras no asustan los oídos de nuestras lectoras, añadiremos que la túnica en cuestión llamábase *schenti* y el mantelete *calasiris*.

Diremos, para terminar, que ceñía leves y sutilísimas sandalias de retorcidas puntas, bien sujetas al empeine del pie, como los zapatos de las ricahembras medievales.

Sin embargo, la reina Cleopatra no tenía ese aspecto de satisfacción propio de la mujer segura de lo perfecto de su belleza y de lo acabado de su atavío; agitábase y revolvíase en su cama, y la excesiva brusquedad de sus movimientos desarreglaban a cada paso los pliegues de su *canapeum* de gasa que Charmión, con inagotable paciencia, y sin dejar de mover su abanico, volvía a poner en orden.

—Aquí se ahoga uno —dijo Cleopatra—; aunque el mismísimo Phtha, dios del fuego, hubiese establecido sus fraguas aquí, no haría más calor del que hace; esto es como un horno. —Y pasó por sus labios la punta de su lengüecita y alargó la diestra después como el enfermo que busca la desaparecida copa.

Charmión, siempre alerta, dio una palmada; al punto un esclavo negro, con un tonelete plegado como el faldellín de los albaneses, y terciada al hombro una piel de pantera, penetró con la rapidez de un fantasma, manteniendo sobre la mano izquierda y en equilibrio una bandeja llena de tazas y rajas de sandía, y en la derecha una alargada jarra con su correspondiente potorro como una tetera.

El esclavo, con maravillosa agilidad y desde alto, llenó una de las copas, colocándola ante la reina. Humedeció sus labios con el brebaje Cleopatra, lo puso junto a ella y, volviendo a Charmión la negrura de sus hermosos ojos, abri-llantados y suavizados por una lucecita de vivo resplandecer, dijo:

—¡Oh Charmión, me aburro!

CAPITULO II

Charmi6n, adivinando una confidencia, hizo un doloroso moh6n de asentimiento y aproxim6se a su soberana.

—Me aburro horriblemente —prosigui6 Cleopatra, y como descorazonada y abatida dej6 caer su brazo—; este Egipto me anonada, me aniquila; este cielo con su implacable azul es m6s triste que la profunda noche del Erebo: ¡jam6s una nube!, ¡nunca una sombra, y siempre ese sol enrojecido, ensangrentado, que como el ojo de un c6clope nos mira! ¡Oye, Charmi6n, por una gota de lluvia dar6a una perla! De la inflamada pupila de ese cielo bronce6neo no ha ca6do a6n ni una sola l6grima sobre la desolaci6n de esta tierra; es una losa inmensa de sepulcro, una c6pula de necr6polis, un cielo muerto y apergaminado como las momias que cubre; como pesad6simo manto lo siento pesar sobre mis hombros; me atormenta y llena de inquietud; se me antoja que no podr6a erguirme sin que con 6l chocara mi frente; este pa6s, por otra parte, es verdaderamente horrible; todo es aqu6 sombr6o, enigm6tico, arcano. La imaginaci6n s6lo produce en 6l monstruosas quimeras y desmesurados monumentos; esta arquitectura y este arte me llenan de pavor; estos colosos a quienes sus piernas amarradas a su p6treo asiento condenan a permanecer sentados eternamente, las manos sobre las rodillas, me abruman con su est6pida inmovilidad y obsesionan mi horizonte y mis ojos. ¿Cu6ndo llegar6 el genio que, cog6ndolos de la mano, les haga sacudir esa su prolongada espera de veinte siglos? ¡El mismo granito, a la postre, se cansa! ¿Qu6 se6or aguardan,

pues, para abandonar la montaña que de asiento les sirve y levantarse en señal de respeto? ¿De qué invisibles rebaños son guardianes esas enormes esfinges, como lebreles en acecho acurrucadas, para que no entorquen los párpados jamás y tengan de continuo la garra dispuesta? ¿A qué, si no, fijan tan obstinadamente sus pétreos ojos en la eternidad y en lo infinito? ¿Qué extraño secreto ocultan en el pecho sus apretados labios? A derecha, a izquierda, doquier se mire, sólo horribles monstruos se ven: perros con cabeza de hombre, hombres con cabeza de perro, quimeras nacidas de horripilantes cópulas en la profunda tenebrosidad de las siringas; Anubis, Tifones, Osiris, gavilanes de amarillentos ojos que parecen atravesarnos con sus taladrantes miradas, y ver más allá de nosotros cosas imposibles de revelar: una familia de horribles animales y dioses de alas escamosas, de ganchudo pico, de garras tajantes, siempre alertas para asirnos y devorarnos caso de atravesar la puerta del sagrado recinto o de levantar una punta del misterioso velo.

En los muros, en las columnas, en los techos, en los suelos, en los templos y en los palacios, en las galerías y en los más profundos pozos de las necrópolis, hasta en las entrañas mismas de la tierra, allí donde la luz no desciende jamás, allí donde las antorchas, faltas de aire, se apagan, por doquier y siempre, interminables jeroglíficos esculpidos y pintados, jeroglíficos que cuentan, en lenguaje ininteligible, cosas olvidadas y que, sin duda, pertenecen a creaciones desaparecidas; soturada y prodigiosa labor en la que, y para escribir el epitafio de un rey, todo un pueblo se ha consumido. ¡Granito y misterio! Esto es Egipto. ¡Hermoso país para una mujer joven y para una joven reina!

¡Sólo se ven símbolos fúnebres y amenazadores, *pedum*, *taus*, globos alegóricos, enroscadas serpientes, balanzas en las que las almas se pesan; lo desconocido, la muerte, la nada! ¡Por toda vegetación, monolíticos monumentos de traza singular; por alamedas, graníticas avenidas de obeliscos; por suelo, pavimentos enormes y graníticos para

los que, cada montaña, sólo una losa puede proporcionar; por techumbre, graníticos techos; la eternidad tangible, un amargo y perpetuo sarcasmo contra la fragilidad y brevedad de la vida! ¡Escaleras construidas para piernas de titanes, por las que no les es dado ascender a las plantas del hombre, y a las que sólo es posible llegar mediante escalas! ¡Columnas que cien brazos no lograrían ceñir! ¡Laberintos por los que caminaríase un año sin encontrar la salida! ¡El vértigo de lo enorme! ¡La borrachera de lo gigantesco! ¡El desordenado esfuerzo del orgullo que, a toda costa, quiere imprimir su nombre sobre el haz de la tierra!

Y esto aparte, Charmión, de veras te lo digo, tengo un pensamiento que me asusta: en otros parajes del mundo se queman los cadáveres, y sus cenizas no tardan en confundirse con el suelo. Aquí, en cambio, diríase que los vivos no tienen más ocupación que la de conservar a los muertos; poderosos bálsamos impiden su destrucción y conservan su traza y su forma; evaporada el alma, los despojos permanecen: bajo este pueblo existen veinte pueblos; cada ciudad tiene bajo ella veinte pisos de necrópolis; cada generación que desaparece crea, en tenebroso recinto, una población de momias; bajo el padre, se encuentra al abuelo y al bisabuelo en su pintado y dorado sarcófago tales y como fueron en vida, y mientras más se busque irán apareciendo más y más.

Cuando pienso en esas vendadas multitudes, en esos millares de apergaminados espectros que llenan las fúnebres galerías frente a frente desde hace dos mil años, hundidos en un silencio que nada puede turbar, ni tan siquiera el rumor de los gusanos del sepulcro al arrastrarse, y que a la vuelta de otros dos mil años permanecerán incólumes aún, con sus gatos, sus cocodrilos, sus ibis, con todo, en fin, lo que al par de ellos vivió, los terrores me asaltan y me siento estremecer. ¿Qué es lo que se dicen, puesto que aún tienen labios? Y si el alma tuviera el capricho de volver, ¿encontraría al cuerpo en el mismo estado en que le dejó?

El Egipto, en verdad, es un reino siniestro y nada a propósito para mí, alma risueña y caprichosa; todo se reduce en él a una momia; ésta es el corazón y la médula de todo. A ella vamos a parar después de mil rodeos: las pirámides ocultan un sarcófago. Vanidad y demencia incomparables. Inútil hender el cielo con pirámides de piedra; nuestro cadáver no por eso crecerá lo más mínimo. ¿Cómo regocijarse y vivir en una semejante tierra, aquí donde no se respira otro perfume que el acre olor de la nafta y el betún que hierve en las calderas de los embalsamadores, aquí donde el suelo de nuestra habitación suena a hueco porque los pasillos de los hipogeos y las subterráneas galerías mortuorias socavan nuestras alcobas? ¡Ser reina de las momias y entenderse con estas estatuas de incómodas y rígidas posturas, es divertidísimo! Y menos mal si, para soterrar esta tristeza, mi corazón albergara algún apasionado sentimiento o algún interés por la vida me moviera; si amase a alguien o algo, ¡si fuese amada, en fin!; pero no lo soy.

He aquí el porqué de mi fastidio, Charmión; con el amor, este Egipto, enfurruñado y árido, me parecería más atractivo que la Grecia misma con sus dioses de marfil, sus templos de níveo mármol y sus palpitantes fontanas. No pensaría en el horrible rostro de Anubis ni en las espantosidades de las ciudades subterráneas.

Charmión sonrió con aire incrédulo.

—Eso no debe ser gran motivo de pesadumbre para vos, pues cada una de vuestras miradas atraviesa los corazones como las flechas del propio Eros.

—¿Puede una reina saber —prosiguió Cleopatra— si es la diadema o la frente lo que se ama en ella? Los resplandores de su corona sideral deslumbran los ojos y el corazón. Si descendiera de las alturas del trono, ¿tendría yo la celebridad y la boga de Bacchide o de Archenassa, de la primera cortesana que viniese de Atenas o Mileto? ¡Una reina es algo tan lejos de los hombres, tan elevado, tan aparte, tan imposible! ¿Quién, por mucha que sea su presun-

ción, puede jactarse de triunfar en una semejante empresa? Una reina no es ya una mujer; es una augusta y sagrada figura que carece de sexo, y a la que, como a la estatua de una diosa, se la adora de rodillas sin amarla. ¿Quién se ha prendado jamás de Heré de los nevados brazos, o de Palas, la de los ojos verdegay? ¿Quién ha pretendido jamás besar los argentados pies de Thetis o los sonrosados dedos de la Aurora? ¿Qué amante de las divinas hermosuras se ha ceñido alas para ascender a los palacios de oro del cielo? El respeto y el terror hielan las almas cuando ante nosotras se ven, y preciso fuera, para ser amadas por nuestros semejantes, hundirse en las necrópolis de las que ha poco hablaba.

Aunque ninguna objeción oponía a los razonamientos de su señora, la esclava griega daba a entender, con su vagorosa sonrisa, que no creía mucho en la regia inviolabilidad.

—¡Oh! —prosiguió Cleopatra—. ¡Desearía que me ocurriese algo, una singular, una inesperada aventura! ¡El canto de los poetas, las danzas de las esclavas sirias, los festines con lluvias de rosas y prolongados hasta el amanecer, las correrías nocturnas, los perros de Laconia, los leones domesticados, los enanos contrahechos, los miembros de la hermandad de los inimitables, las luchas del circo, los nuevos atavíos, los trajes de tisú, los collares de perlas, los perfumes de Asia, los refinamientos más exquisitos, las más fantásticas suntuosidades, nada, en fin, me divierte ya! ¡Todo me es insoportable! ¡Todo me es indiferente!

—Bien se ve —dijo Charmión muy por lo quedo— que, desde hace un mes, la reina no ha tenido adorador ni ha hecho matar a nadie.

Fatigada por un tan largo discurso, Cleopatra cogió de nuevo la copa que junto a ella había, humedeció sus labios y, ocultando bajo el brazo su cabeza con un movimiento de paloma, se dispuso a dormir con toda comodidad. Quitóla Charmión las sandalias, haciéndola cosquillas suavemente en las plantas de los pies, a continuación, con una pluma

de pavo real, y, a poco, el sueño espolvoreaba con su dorado polvo los hermosos ojos de la hermana de Ptolomeo.

Mientras duerme Cleopatra subamos al puente de la nave y gocemos del admirable espectáculo que la puesta del sol nos ofrece. Una ancha franja violeta, vivamente tocada de carmín en el ocaso, bordea el cielo; el matiz violeta, al rozar las zonas azuladas, se esclarece y se hunde, sonrosándose, en el azul; en la parte por donde el sol, rojo como broquel caído de las fraguas de Vulcano, lanza sus ardientes resplandores, el matiz se vuelve de amarillenta palidez y despide reflejos semejantes a los de las turquesas. El agua, herida por la sesgada claridad, tiene el mate resplandor de un espejo visto por el azogado envés o de una damasquinada hoja; las sinuosidades del ribazo, los juncos y los accidentes todos de las márgenes, se destacan con firmes y acusados trazos, resaltando vivamente en la lechosa reverberación. Gracias a esta claridad poniente percibiréis, como grano de polvo caído en el azogue, un puntito oscuro que tiembla en una red de luminosos hilos. ¿Es una cerceta que se zambulle, o una tortuga que se deja ir a la deriva, o un cocodrilo que, para respirar el menos cálido ambiente de la tarde, alza su escamoso hocico, o el vientre de un hipopótamo que a flor de agua se despereza? ¿Es, quizá, una roca que el decrecer del agua ha dejado al descubierto? Ello es posible, porque el anciano Hopi-Mu, padre de las aguas, necesita llenar su urna agotada en las lluvias del solsticio en las montañas de la Luna.

No es nada de lo dicho. Es un hombre, ¡por los pedazos de Osiris con tanta fortuna acoplados!, que parece deslizarse y resbalar por el agua... Ahora mismo se puede percibir el barquichuelo que le sostiene, una verdadera cáscara de nuez, un pez hueco, tres cortezas de árbol acopladas, una que sirve de fondo, de bordas las otras dos, y las tres sólidamente sujetas por una cuerda embreada. Erguido, y con un pie en cada una de las bordas de esta frágil embarcación, se ve a un hombre que la dirige con un solo remo, go-